

# ***Somos todas iguales pero diferentes: proximidades, distancias e intercambios en el trabajo de campo con mujeres de sectores populares***

Silvina Buffa<sup>1</sup>

## **Introducción**

Esta presentación surge de una investigación en proceso en la que se indaga cómo significan, mujeres de sectores de pobreza de la ciudad de Córdoba, ciertas “participaciones” en ámbitos barriales y en espacios públicos más amplios, que sus protagonistas los definen como “*espacios de y entre mujeres*”. Entre ellos se incluyen los Encuentros Nacionales de Mujeres (ENM en adelante)<sup>2</sup> que inicialmente fueron organizados por mujeres feministas y anualmente convocan a una multitud de mujeres y otros colectivos genéricos de diversos sectores y adscripciones.

Desde una perspectiva relacional reviso ciertas adscripciones y roles que me fueron asignando en el trabajo de campo y que se constituyeron en una fuente de reflexión y construcción de datos. Considerando que inicialmente me incluí como psicóloga, en tareas de intervención y extensión en un club de trueque que en 2001 conformaron mujeres de la zona noroeste de la ciudad, reflexiono cómo mi trayectoria previa, los intercambios y acuerdos que fui estableciendo en el campo, le imprimen particularidades al abordaje etnográfico que me propongo desarrollar.

A partir de una frase nativa que se reitera: “*somos mujeres, iguales pero diferentes*” analizo los atravesamientos e interpelaciones de clase, género y generación en el marco de las relaciones, distancias y proximidades que fui construyendo en el campo con las mujeres y con diverso/as otros/as.

## **Investigar espacios de/entre mujeres: acercamientos al campo**

Las reflexiones que busco presentar surgen a partir de iniciar un proceso de investigación etnográfica en un campo en el cual había participado previamente, pero desde otras pertenencias. Primero me incluí como estudiante desde un programa de prácticas comunitarias de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC) y luego continué trabajando como psicóloga en el club de trueque “Manos Unidas”<sup>3</sup> conformado por mujeres de Villa El Tropezón y otros asentamientos y barrios de la zona. Así, participé de

---

<sup>1</sup> silbuffa@gmail.com

Lic.en Psicología. Maestranda en Antropología. Universidad Nacional de Córdoba.

<sup>2</sup> Los Encuentros Nacionales de Mujeres (ENM) se realizan desde 1986 una vez al año, en diferentes lugares del país y participan en los últimos años entre 20 y 30 mil mujeres de diferentes provincias y países vecinos. Este grupo de mujeres participó por primera vez en el ENM de Mar del Plata, luego continuaron viajando con diferentes organizaciones. Algunos años viajaron con una ONG que trabaja en la zona y que costea parte de los gastos de traslado y/o alimentos de las mujeres (cuando cuenta con fondos por financiamiento de proyectos orientados a “problemáticas de género” como la violencia o la salud sexual y reproductiva) y otras veces las mujeres se han organizado con un grupo de docentes y estudiantes de la Facultad de Psicología para juntar fondos a lo largo del año para poder viajar, realizando ventas de comidas, ropas, bingos, fiestas, rifas, bonos contribución, etc. Han viajado 100 mujeres de la zona a los distintos ENM.

<sup>3</sup> “Manos Unidas” fue el nombre que un grupo de mujeres dio al Club de Trueque que conformaron en el año 2000, luego continuaron realizando diferentes actividades bajo el nombre Organización Manos Unidas. Es de destacar que en la actualidad no participan las mismas mujeres que lo hacían en años previos, pero sí hay problemáticas o situaciones que convocan en determinados momentos a ciertas mujeres (de acuerdo a sus necesidades, intereses, deseos, vínculos familiares y vecinales). Desde 2005 las mujeres se organizan colectivamente a lo largo de cada año para poder reunir los fondos para viajar una vez por año, en el mes de octubre a los ENM. También se “preparan” para los ENM, participando de talleres y otras actividades grupales en general coordinadas por el equipo de psicólogos y estudiantes que año a año las acompañan en las que se abordan temáticas referidas a sus derechos, sus experiencias e historias de vida, etc.

proyectos extensionistas y de investigación, en los que buscamos explorar los procesos subjetivos, alcances en la salud mental y transformaciones a nivel personal, familiar y barrial que producía el compartir experiencias organizativas en espacios comunitarios (Buffa y Viola, 2004; Buffa, 2006a; 2006b). Los “aportes” que las mujeres reconocían en mi trabajo como en el del resto del equipo de psicólogos, por aquel entonces los definían en términos de “nos ayudan a organizarnos”, “nos escuchan”, “nos enseñan que las cosas se pueden hacer de otra forma”, “hacen que estemos más unidas, que tiremos todas para el mismo lado”.

En ocasión de realizar mi Tesis de Maestría en Antropología, busqué recuperar y conjugar aquellos conocimientos previos sobre el campo de estudio, no sin un continuo proceso de revisión y “extrañamiento” de mis supuestos de sentido común y académico (Ribeiro, 1989), con una lectura y abordaje antropológicos que aporten pistas para etnografiar las realidades cotidianas que viven mujeres en condiciones de pobreza urbana.

A lo largo del trabajo de campo que inicié en 2011, me pregunté cómo dichas mujeres y otro/as actores/as configuraban el marco significativo de sus prácticas y nociones a fin de aportar luz sobre el sentido y el carácter significativo de sus acciones y discursos, para así dar cuenta de la realidad empírica tal como era vivida y experimentada por ellas (Guber, 2004).

No me propuse estudiar al grupo de mujeres en sí mismo, sino atendiendo a la trama sociocultural en la que construyen relaciones y sentidos con diversos otro/as (sus parejas, hijo/as, otro/as familiares, vecino/as, otros grupos de mujeres, las mujeres que “no participan” y personal de instituciones<sup>4</sup> que “trabajan” en la zona, entre quienes me incluyo).

A los fines de esta presentación focalizaré en ciertas reflexiones acerca de las relaciones, acuerdos e intercambios que fui estableciendo con las mujeres en el campo. Reflexionar acerca de mi rol como investigadora en el campo, lleva a considerar ciertas particularidades que ya anticipara al inicio de esta presentación. Pues mi acceso al campo en estudio estuvo dado hace más de 10 años y el vínculo que fui construyendo con mujeres del sector estuvo definido en un comienzo por mi carácter de “estudiante” y luego por mi rol como “psicóloga de la Facultad” y por ser parte de “las doc”<sup>5</sup> (categoría que utilizan las mujeres para referirse al equipo de profesionales que desde el Centro de Salud y/o la Universidad trabajamos en la zona).

El trabajo previo en la zona me garantizó el acceso al campo, a la vez que contar con vínculos ya consolidados con muchas de las mujeres de Manos Unidas y otras personas de la zona al iniciar esta investigación: contando a

---

<sup>4</sup> Se presencia una diversidad de grupos y personas que circulan por la zona, entre ellos equipos técnicos de ONGs (que desarrollan proyectos relacionados con el mejoramiento del hábitat, el cuidado del medio ambiente, la promoción de derechos de niños y jóvenes, el abordaje de problemáticas de género, la capacitación en oficios, etc), estudiantes y docentes universitarios que desarrollan actividades con grupos de niños, jóvenes y/o mujeres, grupos religiosos que realizan apoyo escolar, enseñan “religión” y ofrecen actividades recreativas para niños, profesionales de instituciones de salud que visitan a las familias, organizan reuniones, referentes de iglesias de la zona que realizan aportes para comedores, salones comunitarios, etc., militantes de partidos políticos que organizan variadas actividades (desde juntar firmas para “empadronar”, entregar juguetes o colchones, enseñar deportes o “contratar” a jóvenes para tareas como tirar bombas o tocar instrumentos en marchas), técnicos de programas estatales que se implementan en la zona (de dependencias como el Ministerio de Desarrollo Social, la Secretaria de Niñez, Infancia y Familia, los Centros de Integración Comunitarios, de centros de salud de la zona) y “voluntarios” que ofrecen variados recursos y donaciones.

<sup>5</sup> Las mujeres suele remarcar las diferencias entre ser estudiante y pasar a ser doc. Las doc son las que “ya tienen el título” y “ya nos pueden atender”. En tono de broma Mimi suele comentar cuando nos reunimos en un espacio abierto en una de las calles de Villa Costa Canal “miren alla vienen las doc, miren como se ponen anchas cuando les digo ‘doc’, son como las galletas cuando las pones en la leche que se empiezan a inflar. Mira como les gusta que les diga las doc”.

su vez con innumerables materiales y registros (escritos, fotos, filmaciones, gráficos, entrevistas, notas periodísticas, etc.) propios y otros aportados por personas de las comunidades y por integrantes de equipos con quienes he trabajado.

Sin embargo, la trayectoria previa de trabajo, también ha significado en determinados casos un obstáculo para acceder a ciertos espacios, para conocer u/o acercarme a otros grupos (mujeres que ya no participan de la organización, grupos y familias con quienes se presentan tensiones, etc.). Esta experiencia previa así como mi condición de mujer en ciertos casos la he vivido como un obstáculo para poder indagar por ejemplo la perspectiva de ciertos varones, o presenciar algunas prácticas barriales desarrolladas solo por hombres, y a la vez como un facilitador para acceder a espacios y actividades “solo para mujeres”.

Ciertos roles y expectativas asignadas a mi persona por mi condición de mujer, psicóloga, docente y ciertas valoraciones hacia “el equipo de psicólogos” que venimos trabajando en la zona, que *“no son como otros psicólogos que te miran y escuchan de lejos, no tienen problema de entrar en cualquier casa, tenga piso de tierra o de material, sentarse en una silla o sobre una chapa, amoldarse a lo que hay”*, así como mis propias representaciones en torno a cuestiones que me asemejaban y otras que me alejaban de las mujeres con quienes me encontré en el campo (Ginsburg, 1992), me exigieron ir ensayando diferentes estrategias a fin de exotizar lo que se me presentaba como familiar y a la vez volver familiar lo extraño (Ribeiro, 1989).

En este proceso de ensayos y revisiones continuas, en un primero momento, al iniciar esta investigación busqué distanciarme de ciertas tareas y actividades que venía realizando en el grupo en experiencias anteriores. Así, cuando nos volvimos a encontrar allá por marzo de 2011, les expresé a las mujeres, sin haber reflexionado demasiado antes de tomar tal decisión, que ya no me encargaría de pedir donaciones para viajar a los ENM. Lo que argumenté en aquel momento fue que no contaba con tanto tiempo para dedicar a tales tareas y que estaba comenzando a realizar mi tesis de Maestría. En aquel momento algunas de ellas me pidieron que pudiera seguir *“ayudando como hasta ahora”* ya que como decía Mimi: *“no es lo mismo que lo hagan ustedes a que lo hagamos nosotras. Nosotras podemos trabajar un montonazo, pero los contactos los tienen ustedes”* (para vender rifas, contactar instituciones para ofrecer bonos contribución, etc.).

Así mismo, en diferentes ocasiones me recordaron que esto era un intercambio: *“ustedes nos ayudan, nos escuchan, aprendemos un montón, pero esto es un intercambio, ustedes también aprenden de nosotras. De acá salen todas recibidas”*.

De esta forma, aquellas tareas realizadas en otros tiempos y los roles que se me asignaban (tales como fotografiar o filmar las actividades, anotar en cuadernos las decisiones que iban tomando en grupo, elaborar listas, anotar pagos, escribir notas de pedidos), que en un comienzo había entendido como un simple medio para acceder al campo y poder comenzar “el” trabajo de campo, se fueron transformando en la forma en que se materializaba el proceso mismo de construcción de datos.

A continuación profundizaré en algunos de los acuerdos, tareas e intercambios que fuimos construyendo en el campo y que le imprimieron particularidades a la labor de observación participante en tanto método y técnica central del trabajo de campo etnográfico (Guber, 2004).

## **Participar para conocer: acuerdos, tareas e intercambios en el trabajo de campo**

El trabajo de campo se inició en marzo de 2011 y en el mismo participé-observando y observé-participando (Guber, 2004) de variadas actividades desarrolladas con las mujeres, entre ellas los encuentros semanales que realizaban en Villa Costa Canal para organizar actividades, las tareas para juntar fondos para viajar a los ENM que incluyeron: roperos comunitarios, bingos, producción de comidas para fechas patrias. También compartí con ellas extensas y confidentes charlas, en un supermercado de la zona mientras envolvíamos paquetes a cambio de colaboración de “*los clientes*”; y las acompañé a pedir donaciones a distintas instituciones donde pude seguirlas conociendo al escuchar cómo se presentaban ante diferentes públicos. También viajé con las mujeres a los ENM de Bariloche en octubre de 2011, y a Posadas en octubre de 2012. Además compartí con ellas desde festejos de cumpleaños hasta velorios ante la pérdida de algún familiar y las visité en sus casas, donde a veces pudimos conversar con mayor soltura cuestiones que no eran planteadas en los espacios grupales, y otras veces la presencia y circulación de sus parejas e hijos por la casa, incomodó algunos encuentros.

A continuación me propongo reflexionar acerca de tres tareas que las mujeres me asignaron y aproximarme a ciertos fundamentos que sostenían dichas atribuciones. Esto permitirá conocer ciertos roles y adscripciones hacia mi persona, que se fueron construyendo en el proceso de investigación. Ellas se refieren por un lado tareas referidas a la *elaboración de listas y registros* sobre el grupo; por otro a la tarea de *juntar el dinero* (dinero que posteriormente se usaría para pagar los costos de hotel<sup>6</sup> y traslado a los ENM) y finalmente actividades relativas a *establecer contactos* con otros grupos para solicitar aportes para el grupo.

En los discursos de las mujeres, las psicólogas “*son buenas*” para algunas tareas cuando se organizan eventos y/o lo que se busca es recaudar fondos para viajar a los ENM. Así, durante el trabajo de campo, al igual que cuando 10 años antes habían organizado un Club de Trueque, me asignaron tareas como: *escribir* en afiches lo que se iba decidiendo en cada reunión, anotar “*quién se compromete*” a hacer cada tarea o aportar determinados materiales (ingredientes para elaborar alguna comida, ollas o cartones y premios para bingos), elaborar listas de las mujeres que viajarían, de quienes asistían a las reuniones y quienes no, anotar los “*aportes*” y pagos que cada una iba realizando, así como “*llevar los números*” de lo que se iba juntando en el “*pozo común*” y lo que aun restaba recaudar. Estas tareas asociadas al registrar acuerdos, aportes y lo que realizaba –o no- cada integrante del grupo, permitiría que aquello que se hablaba o decidía, “*quede asentado*” y requería que dichos registros estuvieran siempre disponibles, se los tuviera “a mano” en las futuras reuniones.

Los fundamentos para asignar la tarea de registro a mi o a alguna estudiante, iban desde que “*tienen buena letra*”, “*saben escribir*”, hasta que “*escriben más rápido*”. Saber escribir también llevó a que me encargaran que redacte notas para pedir donaciones y otras para pedir permiso para faltar a sus trabajos en la fecha del ENM.

---

<sup>6</sup> Dormir en hotel y no en colchonetas, en el suelo de las escuelas que se habilitan para alojar a mujeres de todo el país en los ENM, ha sido motivo por el que estas mujeres deciden “*trabajar más*” durante el año (y así recaudar más dinero para costear el hotel). Encontré que este tema también fue objeto de reivindicación en una reunión de la Multisectorial de Mujeres de Córdoba, en que una integrante expresó: “*De una vez por todas las mujeres tenemos que dignificarnos, ya basta de dormir siempre en cualquier lado, tiradas en un colchón, fregando ropa, lavando a mano, cuando hay lavarropas automáticos, siempre sufriendo. No! Hay que dignificarse*”. Conocer un hotel “*por dentro*” suele ser uno de los principales recuerdos del viaje, valorado positivamente por ellas, como expresaba una de ellas: “*después de servir toda mi vida, es algo increíble, que nunca creí que me iba a pasar, que una vez nos sirvan a nosotras*”.

Otro fundamento para que las psicólogas o estudiantes registráramos fue el que de ese modo se evitaba a que si lo hacía alguien del grupo, *“después se quieren hacer las jefas del resto. Todas quieren ser caciques acá”*. Así parecía que el no asignar estas tareas a las integrantes del grupo, permitía evitar que se establecieran ciertas jerarquías entre las participantes.

Encargarme de escribir las listas de quienes viajaban a los ENM, guardaba fuerte relación con otra labor que me encargaron, que era la de ir *juntar el dinero* aportado por cada una y el resultante de las actividades en común, y *guardarlo* hasta que se entregara a la empresa de viajes. Si bien durante el desarrollo de algunas actividades como ventas de ropas, comidas, cartones de bingos, eran las mujeres quienes cobraban, el que no fuera ninguna mujer del grupo en particular quien *“se quede con lo recaudado”* en cada evento, otorgaba según sus relatos, transparencia en el manejo de los fondos. A la vez evitaba las desconfianzas que entre chismes circulaban respecto de experiencias en otras organizaciones de la zona en que alguno/s vecino/as (y eso incluía a algunas mujeres de Manos Unidas) se habían *“quedado con la plata de todos”*.

Además, que yo juntara el dinero, y particularmente cuando el monto total recolectado comenzaba a aumentar, era fundamentado en que para muchas de ellas era una gran responsabilidad asumir el compromiso de tener en su poder el dinero de todas. Una de ellas me explicaba: *“En mi casa las cosas no están bien, y yo sinceramente te lo digo Silvi, para mi mejor no tener eso cerca, porque sinceramente te digo, yo sé que si en la semana me pasa algo y no tengo un mango y lo necesito, y si, lo voy a tener que usar y ¿después como lo devuelvo?”*.

En este comentario se marcaría una distinción entre quienes en cualquier momento podrían tener necesidades de usar el dinero para otros fines, y quienes no tendrían ese riesgo, ni necesidad de recurrir a esos fondos. Lo cual garantizaba que el dinero estuviera, *“bien cuidado”* como algunas de mujeres solían decir.

Finalmente el *“tener contactos”* y/o *establecer contactos* era una manera de poder recurrir a personas externas al grupo para obtener aportes. Si bien gran parte de las actividades que las mujeres organizaban se sostenían a través de variados aportes obtenidos de las redes de parentesco y ayuda mutua que cada una de ellas disponía (Ramos, 1984), las mismas reconocían que esos contactos eran en algún punto diferentes a *“los contactos de las psicólogas”*.

Así, en cierto momento, Cristina propuso ampliar las ventas a otros espacios, esto suponía *“vender más para afuera, porque si no todo sale de los mismos bolsillos. Es mucho tener que poner para hacer las empanadas y después también tener que comprarlas, comprar los bingos, las rifas, es mucho. Y a los que les podemos vender están en la misma, te compran una vez pero no da para todas las semanas andarles magueando”*. Ligado a esto, a veces entre burlas acerca de las escasas habilidades que las psicólogas teníamos para cocinar, las mujeres explicitaban lo que consideraban un intercambio: *“nosotras ponemos el trabajo (para hacer los panes, el loco, las empanadas, los dulces y/o conservas) y uds. (psicólogas y estudiantes) ofrecen afuera. Si ustedes venden en otros lados, podemos cobrar más caros”*.

También proponían que quienes éramos docentes en la Universidad organizáramos charlas para que ellas fueran a contar su experiencia y ofrezcan bonos contribución. O valoraban los contactos de la psicóloga del Centro de Salud, para poder conseguir un espacio dentro de un supermercado para envolver regalos a cambio de

colaboración. Entre las mujeres se reiteraban advertencias respecto a tener cuidados en “*cómo hay que tratar a la gente*”, como mostrarse (cómo vestirse, como tener las uñas “*que es lo que más te mira la gente cuando estas envolviendo*”, qué y cómo comunicarse con “*los clientes*”), a fin de garantizar esas fuentes de ingresos y a la vez evitar “*hacerlas quedar mal* (a “*las doc*”), *porque son ellas las que ponen la cara*”.

Tener contactos, y no cualquier contacto, sino contactos con otros recursos (a los que se les puede vender más caro, y así “*se saca más*”) recurrir a nuestras propias redes, “*poner la cara*” y ellas “*poner el lomo*” (expresión con que suelen referirse al trabajar arduamente para elaborar grandes cantidades de comidas) nos hablan de diferencias entre unas y otras, que fueron aportando luz acerca de en qué tareas y cómo participábamos unas y otras del “*espacio de mujeres*”.

De este modo, observar - participando y sobre todo participar - observando no solo se constituyó en un medio de obtención de información, sino el momento mismo de producción de datos y elaboración de conocimientos (Guber, 2004). Así, habiéndome propuesto como objetivo conocer cómo las mujeres participaban de diferentes espacios, el reflexionar acerca de cómo participé yo misma de esos espacios, en base a las tareas que se me asignaron y que fuimos acordando, me permitió conocer acerca de los procesos de participación de las mujeres en espacios barriales y en otros más amplios.

### **Somos iguales pero diferentes: la construcción de diversidad en espacios de/entre mujeres**

Las tareas que las mujeres me fueron asignando en el campo, se sostenían en minuciosas lecturas que ellas habían realizado acerca de las posibilidades, habilidades, saberes y recursos de unas y otras. Así, mi posición particular en el campo, las proximidades y distancias establecidas con las mujeres de Manos Unidas, reflejan la diversidad y heterogeneidad que encontramos al interior de “*las mujeres*”.

Recuperando la propuesta de Moore (1999) respecto de la importancia de una reflexión crítica en Antropología Social en torno a la categoría “*mujer*”, resulta interesante considerar que cuando hablamos de “*las mujeres*”, lejos de hacer referencia a una categoría dada, universal o a una condición natural, estamos ante una construcción social y cultural, en plural.

A esa diversidad, me orienté a buscarla y conocerla inicialmente poniendo la mirada solo en las integrantes del grupo en estudio. Diversidad que se plasmaba al considerar que las edades de las mujeres varían desde los 13 hasta los 70 años, que algunas viven en villas o asentamientos ubicados a orillas del Canal y otras en barrios<sup>7</sup>, que algunas nacieron y vivieron siempre en Córdoba, otras provienen de provincias del norte del país y de Bolivia, que hay quienes cuentan con recursos que les permiten garantizar la reproducción de las familias y otras

---

<sup>7</sup> Las diferencias materiales y simbólicas que se encuentran entre vivir en un barrio o en la villa, más allá de las condiciones materiales y el acceso a servicios básicos con que se cuenta en uno u otro caso, serán profundizadas en este trabajo dado que es un tema del que reiteradamente conversan las familias. Recuerdo que en una oportunidad el esposo de una de las mujeres me dijo: “*todos nuestros problemas se pueden sintetizar en una letra, el cambiar la v (de villa) por la b (de barrio), ahí está toda la cuestión*”. Algunas mujeres y sus familias han vivido durante años en villas ubicadas a orillas del canal maestro sur (Villa El Tropezón, villa Costa Canal de Los Robles, Villa La Toma) y luego han construido sus casas a través de una cooperativa de viviendas cercana al asentamiento y se han trasladado allí, sin embargo todas tienen familiares en la villa por lo que frecuentan el lugar y comparan continuamente como es (y como era “antes”) vivir en la villa o vivir en un barrio. En otros casos mujeres jóvenes se van de la villa a vivir con su pareja a otro barrio y en muchos casos vuelven porque refieren no acostumbrarse al nuevo lugar.

viven en condiciones de extrema pobreza que no les permiten tener cubiertas ciertas necesidades cotidianas de ellas, ni de sus familias. En este sentido una perspectiva interseccional<sup>8</sup>, permitió considerar los atravesamientos mutuos de género, generación, clase<sup>9</sup> y étnicos en el análisis de sus historias y experiencias; atravesamientos que se invisibilizan al utilizar nociones un tanto generales como “las mujeres”, “los/as pobres”, “los villeros” o “los sectores populares”.

Por otra parte los ENM fueron constituyéndose para mí en espacios claves que muestran a las mujeres en su diversidad. En este sentido, esta investigación al indagar la trama y la jerarquía de significados construidos (Geertz, 1992) en torno a lo que significa participar de los ENM y las formas en que se viven y experimentan los mismos, se buscó atender a la diversidad al interior de “las mujeres” que participan de los mismos. Teniendo en cuenta que el modo en que las mujeres de Manos Unidas define, valora y participa de los ENM varía significativamente respecto de lo que proponen otros grupos, asociados fuertemente a dichos eventos, como son los grupos autodefinidos como *feministas*, *mujeres católicas* o *católicas disidentes* (Masson, 2007; Planes, 2009). Pues para dichos grupos, los ENM son asociados principalmente a la expresión de las luchas que diferentes colectivos de mujeres vienen desarrollando desde distintos lugares de inserción, a la defensa de ciertos derechos (derechos sexuales y reproductivos, acceso de las mujeres a cargos de poder, etc.) y particularmente a disputas ligadas a la despenalización –o no- del aborto. Temáticas que no parecieran ser los motores –o al menos no los únicos ni principales motivos- que lleva a mujeres de sectores populares como las que conforman Manos Unidas, a participar de los ENM, quienes los asocian con la posibilidad de “*salir de la casa*”, “*viajar y conocer cosas nuevas*”, darse un tiempo para hacer algo placentero para sí mismas y “*defender los derechos de las mujeres*”.

Así, a lo largo del proceso de investigación fui encontrando en los ENM, un espacio rico para visualizar esas diferencias y distinciones de género, generación, clase, étnicas, entre otras.

Así mismo y ante la frase “*somos iguales pero diferentes*” que varias mujeres han reiterado en diferentes oportunidades, fui preguntándome acerca de aquello que nos asemeja y lo que nos diferencia. Este ejercicio de reflexividad acerca de mi lugar en el campo y las relaciones e intercambios establecidos con las mujeres, también fueron una forma de conocer cómo se construía esa diversidad en mis encuentros con ellas, en las tareas que cada una realizaba, en los roles que me asignaban.

Lo semejante se presentaba ligado al hecho de que “*somos todas mujeres*”, y que lo que convocaba era un espacio *de y para* mujeres, así como el uso del femenino para referirse a *las estudiantas*, *las doc* o *a las mujeres* en general. Así “ser iguales” pareciera estar ligado a compartir una semejante condición genérica. Sin embargo otras condiciones nos diferenciaban. Varias de ellas las podemos desprender de los fundamentos con que me

---

<sup>8</sup> Para Collins (2000) la interseccionalidad es un análisis que sostienen que los sistemas de raza, clase social, género, sexualidad, etnia, nación, y generación se atraviesan mutuamente en la organización social, lo cual se ha evidenciado en las experiencias de las mujeres negras.

<sup>9</sup> Fonseca refiere que en la actualidad hay pocos trabajos que centren su análisis en el factor clase como eje de sus análisis; pues en general lo incorporan en función de sus respectivas áreas de interés (género, etnicidad, religión, etc.). Esta “*negación etnográfica* de la clase iguala, suprime la diferencia, al proscibir ciertos grupos o categorías del campo de análisis o al definir su cosmovisión como desprovista de cualquier originalidad y, por lo tanto, pasible de la aplicación de conceptos preestablecidos, previos a (o directamente sin) la investigación de campo” (Fonseca, 2005: 117).



asignaban ciertas tareas: saber escribir, tener o no necesidades para recurrir al dinero de todas, contar con contactos y redes que tengan recursos, saber poner la cara o el lomo, fueron formas en que se presentaba esa diversidad.

### **Reflexiones finales: Acerca de la proximidad y distancia en el trabajo etnográfico**

En esta presentación busqué dar pistas de cómo los encuentros entre las mujeres en general y los ENM en particular, son espacios donde se construyen las mujeres en plural, se construye la diversidad. Dicha diversidad también se plasmó en las relaciones que fui construyendo con ellas en el campo; en tanto yo misma fui asignada a ciertas adscripciones y distinciones que en ciertos casos me aproximaron y otras veces me distanciaron de ellas.

La cuestión de las distancias y proximidades respecto a lo que se busca conocer, viene siendo un tema de debate en la antropología, en tanto la disciplina que históricamente se ha ocupado del estudio de los otros, de lo exótico, lo que la ha llevado a reflexionar en torno a la cuestión de la alteridad, y por ende de la tensión entre distancia - proximidad en la labor del antropólogo/a y la relación entre nosotros – otros.

En este sentido ciertos autores se han planteado interrogantes referidos a qué ocurre cuando el otro/las otras se encuentran en la propia comunidad del antropólogo/a, dado que cada vez más los antropólogos/as se estudian a sí mismos (alteridad mínima en términos de Peirano) y/ o a sus propias sociedades; y por otro lado surgen debates relacionados con la proximidad - distancia del investigador respecto del otro, que es “parte del nosotros” (Cardoso de Oliveira,2004; Degregori,2000). Reflexiones que se han activado en los últimos tiempos, a la luz de los dilemas sobre el fin del exotismo en la Antropología o si es que hoy “todos somos nativos” (Geertz, 1994)<sup>10</sup>. En este punto podemos sostener con Fonseca que la perspectiva etnográfica viene aportando a la discusión de las sociedades contemporáneas una contribución particular, que es la búsqueda de “entender otros modos de vida a través de la subjetividad del investigador y su confrontación con *lo diferente*, como instrumento principal de conocimiento”. (2005:p117). En esta labor estamos implicados tanto nosotros/as mismos como los/as otros/as, pues la producción de significados es un proceso histórico en el que los significados se van construyendo intersubjetivamente.

Por otra parte, Degregori señala que la mayor proximidad con el objeto de estudio puede constituirse en una ventaja (en tanto permite acceder a un conocimiento más particular y detallado) o un riesgo (si no se busca ampliar la mirada, desde una perspectiva más global) al mismo tiempo. Así mismo vale recuperar el aporte de Lins Ribeiro (1989) quien propone en la labor del antropólogo (y en el marco de la observación participante como una base fundamental de la labor etnográfica) el principio metodológico de extrañamiento en relación con la alteridad cultural (que consiste en una unidad contradictoria entre el acercamiento a lo exótico y el distanciamiento de lo que es familiar).

---

<sup>10</sup> “Hoy día, todos somos nativos, y cualquiera que no se halle muy próximo a nosotros es un exótico. Lo que en una época parecía ser una cuestión de averiguar si los salvajes podían distinguir el hecho de la fantasía, ahora parece ser una cuestión de averiguar cómo los otros, a través del mar o al final del pasillo, organizan su mundo significativo” (Geertz,1994: 178).



Finalmente podemos considerar que si bien en contextos como el estudiado en mi investigación, lo exótico parecería dejar de estar presente (por mi trayectoria previa en el campo, por una condición de género compartida, etc.), la noción de alteridad permanece (o alteridades en plural, como bien refiere Peirano (2008) al distinguir entre una alteridad radical y otra amenizada o mínima), pues la alteridad no está dada por el exotismo del otro. Aun con el “fin del exotismo”, continúan las diferencias, y por ello resulta importante “trabajar con las diferencias” (en tanto interesa la diferencia como concepto, cómo se va construyendo la noción de distancia, el modo en que se va generando esa distancia), pues la Antropología se fundamenta en la búsqueda de dialogo incesante con el otro.

A lo largo del trabajo de campo me propuse complejizar la mirada para poder pensar en términos de procesos y movimientos, de la complejidad de las relaciones, de atravesamientos de clase, de género, de generación, de relaciones de poder al interior del grupo de mujeres y con los diversos otros con quienes se relacionan, de sus múltiples y complejas articulaciones, alianzas e intercambios. Procesos que van más allá de las propias mujeres y que intentan aportar luz para poder comprender la complejidad de la vida social en contextos de pobreza urbana.

### **Bibliografía**

- Buffa, S. y Viola, M. 2004. “Prácticas de Intercambio en mujeres de sectores populares y nuevas subjetividades”, en Dalmaso y Boria *Discurso Social y Construcción de Identidades: Mujer y Género*. (326-335). Editorial: UNC. CEA. Programa Discurso Social. Córdoba.
- Buffa, S. 2006a. “Mujeres de sectores villeros y derechos: una experiencia de intervención comunitaria” en Dalmaso y Boria. *Discurso social y Construcción de identidades: mujer y género 2006*. (247-256). Editorial: UNC. CEA. Programa Discurso Social. Córdoba.
- Buffa, S. 2006b “El encuentro con otras como experiencia de construcción de subjetividades” en Martin, A. (Comp.) VIII Jornadas Nacionales de Historia de las Mujeres- III Congreso Iberoamericano de Estudios de Género. CIFYH y CEA, U.N.C. Córdoba.
- Collins, P. H. 2000. *Black feminist thought: Knowledge, consciousness, and the politics of empowerment*. Routledge. New York.
- Cardoso de Oliveira, R. 2004. "El movimiento de los conceptos en Antropología" en *La antropología brasileña contemporánea. Contribuciones para un diálogo latinoamericano*. Buenos Aires. Prometeo.
- Degregori, C. I. 2000. "Panorama de la antropología en Perú: del estudio del Otro a la construcción de un Nosotros diverso" en *No hay país más diverso. Compendio de antropología Peruana*. Perú: Red para el desarrollo de las ciencias sociales.
- Fonseca, C. 2005. “La clase social y su recusación etnográfica” en *Etnografías contemporáneas*. 117- 138. 1/1.
- Geertz, C. 1992. “Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura” en *La Interpretación de las culturas*. Gedisa, Barcelona.
- \_\_\_\_\_ 1994. *Conocimiento local*. Barcelona: Paidós.

- Ginsburg, F. [1992] “Cuando los nativos son nuestros vecinos” en Boivin, Rosato, y Arribas. 2004. *Constructores de otredad. Una introducción a la Antropología Social y Cultural*. Buenos Aires. Antropofagia.
- Guber, R. 2004. *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Paidós, Buenos Aires.
- Masson, L. 2007. *Feministas por todas partes. Una etnografía de espacios y narrativas feministas en Argentina*. Prometeo. Buenos Aires.
- Moore, H. 1999. *Antropología y Feminismo*. Ediciones Catedra. Madrid.
- Peirano, M. 2008. “Antropología sin culpa: una visión desde Brasil” en Degregori, Sandoval. *Saberes periféricos. Ensayos sobre la antropología en América Latina*. IEP, IFEA. Lima.
- Planes, C. 2009. *Católicas disidentes. Etnografía de una forma de identificación religiosa y acción política*. Tesis de Licenciatura en Antropología. FACSÓ. UNICEN. Olavarria. Mimeo.
- Ramos, S. 1984. *Las relaciones de parentesco y ayuda mutua en los sectores populares urbanos*. CEDES. Bs.As.
- Ribeiro, G. L. [1989] “Descotidianizar. Extrañamiento y conciencia práctica, um ensayo sobre La perspectiva antropológica” en Boivin, Rosato, y Arribas,. 2004. Op Cit.